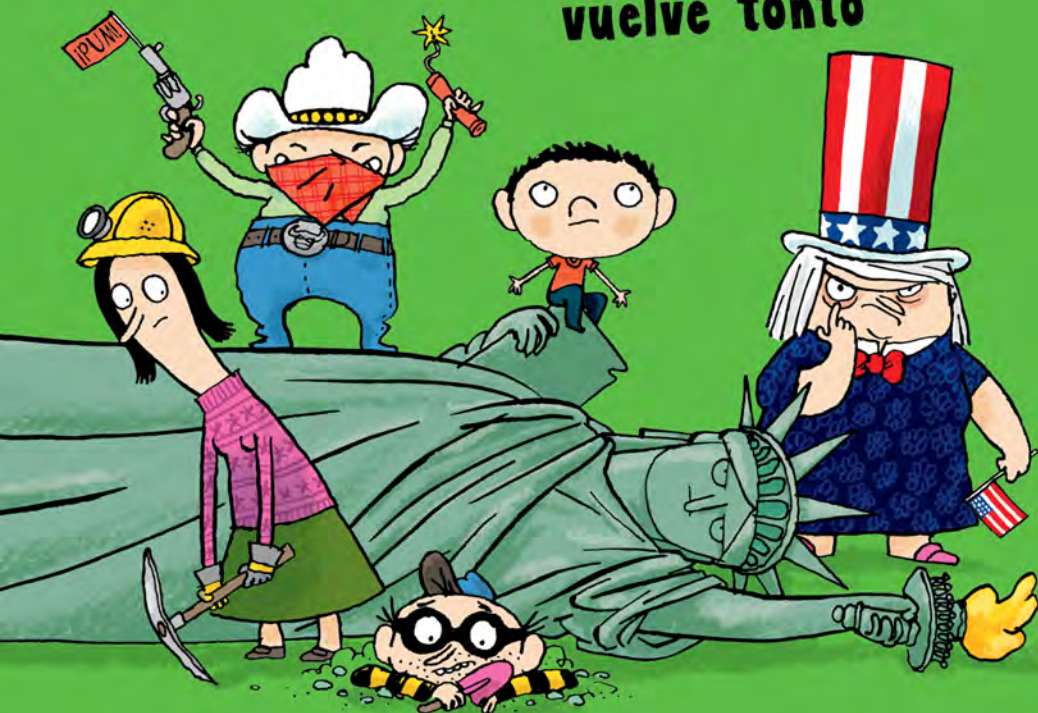


Frank Schmeißer

SOLO ENTRE LADRONES

Quien no roba se
vuelve tonto



edebé

**Quien no roba
se vuelve tonto**



© privat

Frank Schmeißer vive en Colonia (Alemania) y es un guionista de prestigio de programas de televisión. En los últimos años también se ha dedicado a escribir libros infantiles, que son, por lo menos, tan graciosos como sus comedias para la tele.



© privat

Jörg Mühle nació en 1973 en Frankfurt (Alemania) y estudió en la Escuela Superior de Diseño de Offenbach, así como en la Escuela Nacional Superior de las Artes Decorativas de París. Desde el año 2000 trabaja como ilustrador independiente.

Frank Schmeißer

**SOLO
ENTRE LADRONES**

Quien no roba se vuelve tonto

Con ilustraciones de Jörg Mühle

edebé

*Originally published as "Allein unter Dieben: Wer nicht klaut,
bleibt dumm"*

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt, 2017

© de esta edición: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil y Juvenil: Elena Valencia

© Traductor: Ramon Monton

Primera edición, noviembre 2018

ISBN: 978-84-683-3856-9

Depósito legal: B.12008-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CAPÍTULO 1

De nuevo en un embrollo

Mis vacaciones de verano,
por Eduard Gruyerbeer

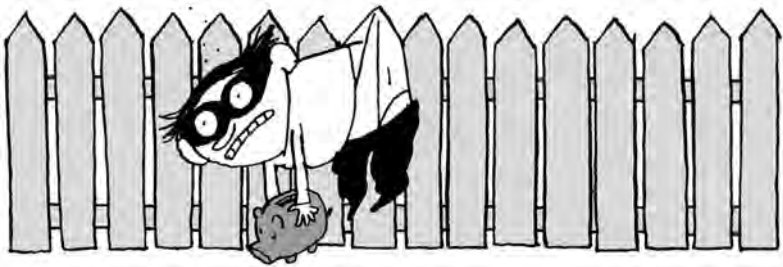
Yo solo quería disfrutar de unas vacaciones. En verdad, no quería cometer ningún delito. Esa es la realidad. Aunque, por supuesto, todo ocurrió de manera completamente distinta y, desde luego, no pude hacer nada para evitarlo.

Dicen que, para poder volverse honrado, un delincuente debe dejar de frecuentar a otros delincuentes, porque quien pasa mucho tiempo entre criminales tiene grandes posibilidades de convertirse también en uno de ellos.

En teoría, es un buen consejo. Lo que pasa es que a mí no me sirve de nada, porque mis padres, mi abuela y mi hermano, con los que convivo cada día, son ladrones. Sí, mi familia al completo está formada por delincuentes. Es una tradición familiar de siglos.

Todos mis parientes están de lo más orgullosos de ello.

En cambio, ninguno lo está de mí. Al contrario. Me consideran la vergüenza de la familia, pues hace poco decidí ser honrado e intento no cometer ningún delito. Ya no quiero ser un ladrón experto, como mi familia me consideraba (ellos piensan que tengo un talento especial para el robo). Quizás en comparación con ellos sí que destacaba. Porque mi hermano es tan torpe que a lo más que llega es a ser especialista en percances, y en los atracos siempre hay que vigilarlo para que no se haga daño.



Y mi padre se pone tan nervioso que le sangra la nariz cada vez que roba algo, lo cual no es nada conveniente para un ladrón profesional, ya que siempre deja un rastro para la policía en el lugar de los hechos.

Sin embargo, a pesar de mis buenas intenciones y de su torpeza manifiesta, casi consiguen mandarme a la cárcel en América sin haber hecho yo nada. Bueno, casi nada. Al menos, no era mi intención asaltar la Estatua de la Libertad. Ni dejar a un policía fuera de combate, que el pobre acabó durmiendo en la cama de mi abuela. Fue un cúmulo de mala suerte.

Y todo empezó hace unas semanas de la forma más inofensiva. Con una simple llamada.

CAPÍTULO 2

Una llamada sorprendente

Oí sonar nuestro teléfono...

Nuestro teléfono suena como una carraca porque es muy antiguo. De una época en la que todavía eran habituales las señales de humo y había riesgo de ser perseguido por un neandertal de camino a la escuela.



El auricular aún tiene un cable, lo cual implica que hemos de sentarnos en la cocina junto al aparato si queremos hablar por teléfono. Y eso es un rollo, por-

que toda la familia te puede oír, sobre todo teniendo en cuenta que debemos hablar a gritos para que nuestro interlocutor nos entienda. Así pues, todas nuestras llamadas empiezan de esta manera: «¡HOLA! ¿ME OYE? ¡GRITE USTED TAMBIÉN PORQUE, SI NO, NO LE VOY A ENTENDER! ¡NUESTRO TELÉFONO NO FUNCIONA BIEN!».

Además, no podemos marcar ningún número de teléfono que contenga el 4. Hace años se cayó la tecla del 4 y el glotón de mi hermano se la tragó creyendo que era un trozo de chocolatina.

«¡No hay problema! Mañana, como muy tarde, recuperaremos la tecla del 4 y podremos volver a llamar con normalidad», anunció mi padre por aquel entonces. «Pues yo no pienso tocar una tecla que alguien ha cagado previamente», gruñó mi abuela imaginando por dónde iba mi padre.

De hecho, la abuela nunca tuvo que hacerlo, ya que la tecla no volvió a aparecer. No sé si mi hermano la digirió del todo o si en algún lugar de su intestino hay una tecla esperando a que alguien la apriete.

Decía que el teléfono seguía sonando, porque yo estaba solo en casa y no tenía ganas de responder. Para eso estaba de vacaciones. Había trabajado muy duro

durante todo el curso y había aprobado sexto, al segundo intento. Me sentía orgulloso, a pesar de que mis padres me riñeron por no haber faltado a clase y por haber sacado solo un insuficiente en las notas.

«¡Solo un insuficiente! ¡Y además en religión! ¡Si, por lo menos, hubieras suspendido la lengua o las matemáticas!», había protestado mi madre.

Y mi padre me había dejado sin paga para el resto del año como castigo por mis buenas calificaciones.

Pero me daba lo mismo. Yo estaba contento con mis notas y descansaba tranquilamente en la cama gozando de la insólita calma que había en casa desde que mi abuela se había ido a visitar a nuestros familiares de Estados Unidos. Dejé que saltase el contestador y escuché el mensaje que teníamos grabado.

—¡Buenos días! Este es el contestador automático de los Gruyerbeer —resonó la voz de mi padre en el aparato.

—Mamá Gruyerbeer —saludó mi madre.

—Papá Gruyerbeer —se presentó mi padre.

—El hijo número 1 de los Gruyerbeer —dijo mi hermano mayor con orgullo, como si tener catorce años fuera muy importante; ¡si solo me lleva un año!

—El hijo número 2 de los Gruyerbeer —oí mi pro-

pia voz grabada, porque si me hubiera negado me hubiera quedado sin postre.

—Señora Gruyerbeer —intervino la abuela.

—¡Altooo! ¡Eso no está bien! Tú eres la abuela Gruyerbeer —la interrumpió mi padre.

—Pues no me pienso llamar a mí misma «abuela». Suena a vieja —protestó.

—Te lo repito por décima vez: haz el favor de ceñirte al texto que ha escrito Klaus —se quejó mi madre con desesperación.

Klaus es mi padre, aunque la abuela suele referirse a él como «cierto idiota».

—¡Nunca! —se obstinó la abuela, y mi madre puso los ojos en blanco.

Esto último no se oía, pero era fácil imaginárselo.

—Yo solo quería demostrar en el mensaje del contestador que somos una verdadera familia: mamá, papá, los hijos y la abuela —insistió mi padre.

—No somos una familia. —Y se oyó la risa sarcástica de mi abuela, que añadió—: Lo que somos es una vergüenza.

—Vale —se rindió mi padre.

—Y además quiero proclamar que, piense lo que piense la gente, no somos honrados. ¡Somos delincuentes!

—¿Quieres dejar grabado en el contestador que somos unos delincuentes? —preguntó mi madre con incredulidad.

—¡Pues claro! —dijo la abuela—. Quiero que la gente de esta ciudad deje de llamarme «ciudadana ejemplar». ¡Qué insolencia! Solo porque recientemente impedimos aquel maldito robo del diamante. Esto se tiene que acabar de una vez. Los Gruyerbeer somos delincuentes desde hace generaciones y estamos orgullosos de ello. ¡Y ahora debe saberlo todo el mundo!

—¡Yo ya no soy un delincuente! —se me oía a mí a continuación.

—¡Pues muy mal! —respondió toda mi familia.

—¡Bueno, ya estoy harta! ¡Dejemos el maldito mensaje tal como está! —vociferó mi madre desde el contestador.

Entonces se oyó un pitido y, por fin, se acabó el mensaje.

Al cabo de algunos segundos escuché de nuevo la voz de la abuela. Llamaba desde América y, al parecer, el largo viaje no había cambiado en nada su mal carácter. Sonaba tan irritada como siempre.

—Soy yo. Tenéis que venir enseguida a Nueva

York. Estamos preparando... una gran sorpresa. Y os vamos a necesitar.

Chasquido. Pitido. Silencio.

Me senté en la cama. ¿Nueva York? ¿Una sorpresa? ¡Y una porra! Los Gruyerbeer no preparan sorpresas, sino asaltos o robos en los que, de forma nada sorprendente, siempre nos terminan pillando. O sea, que mi abuela planeaba un gran golpe en Nueva York, la ciudad más famosa de Estados Unidos, con la colaboración de la rama americana de nuestros parientes, los Cheesebeer. No había duda. Y la abuela nos quería meter a todos en ese lío.